

BREVIARIO NEGRO

Cartografía

A Paloma Fernández Ruiz

Sara es un mapa que puede doblarse a sí mismo hasta hacerse infinitesimal y desplegarse hasta descubrirme que todos los lugares están ahí. Qué fácil resulta perderse en ella. Sin embargo, reconozco sus contornos en un valle dilatado entre montañas, sus recriminaciones en las tormentas de aguanieve, sus besos desbocados en las lenguas de lava, sus súplicas en las cometas remontadas junto a la playa, su sonrisa soñolienta en el canto de los pájaros de un bosque umbrío, su inconstancia y sus veleidades en la tierra quemada a ambos lados del camino, sus caricias de sobremesa en la contorsión de las percas bajo las aguas de un lago. A veces, es un mapa orográfico o cromático tras la ducha, de navegación si se muestra comprensiva y un mapa inventario al final de cada jornada. Otras, un mapa de frecuencias cuando finge o pierde los nervios y su compañía sofoca, o uno mental cuando su ingenio crepita. A veces, espero durante días para encontrarla mientras silbo y agito los brazos en el rincón de un milímetro cuadrado. Otras, recorro enormes distancias con la brújula del deseo, salvo puentes y trepo a curvas de nivel, bordeo los círculos de ciudades desconocidas, atravieso

la línea continua de las fronteras, me detengo jadeante en los límites provinciales, vago al relente por las líneas rojas de las carreteras y las negras de los ferrocarriles, estudiando cuanto a la vista se ofrece reproducido a escala natural. Mas no sé verla a pesar de las señales, de las balizas, de los carteles indicadores de población, de la rosa de los vientos. En ocasiones, sin traba alguna, está de pronto al alcance de mi mano y ocupa espaciosamente todo el territorio, los desiertos y las cordilleras, los páramos y las ramblas, los acantilados y los oasis. Si agita su larga coleta, la brisa se cuele con dulzura en recónditas madrigueras, en una fábrica abandonada, en el huerto donde crece un ciruelo. Si cruzo la mirada con ella, recibo en la cara el brillo del sol. Cuánto temo ser expulsado de allí. Su poder es absoluto: al doblar el mapa, el mundo duerme y queda sin accidentes geográficos ni lugares de interés; al desdoblarlo, permite una vez más el día. Ella contiene todos los sueños que tuve y todos los dolores que me sobrevendrán. En sus meridianos se dibuja mi destino, en sus paralelos anida mi memoria. Cuando nuestros cuerpos se aman sobre las sábanas, el rítmico jadeo se propaga en ondas a los charcos, converge hacia los embalses y las marismas y alienta las corrientes oceánicas. Cuando ella se traspone de gozo, enciende las auroras boreales. Pero cuando llegan el tedio o las discusiones, se oscurece el color del relieve, restallan truenos por el hemisferio norte y me ladran perros en la boca de un túnel. Entonces trato de huir en vano a través de la telaraña de líneas de distinto grosor, me extravió en regiones administrativas de

segundo orden, me hundo en áreas bajo el nivel del mar, empequeñeciéndome sin remedio, un simple punto equidistante de los polos, del horizonte que se aleja, de las coordenadas cartográficas de Sara.

La técnica de soñar monstruos

A Alfonso Cost

A fuerza de soñar un monstruo, el monstruo nace. Cuando era muy pequeño tenía siempre la misma pesadilla: algo, amenazador y espeluznante, vivía agazapado en el fondo del pajar, bajo la vieja azotea. Yo salía de mi dormitorio en la planta de arriba y descubría, en su corredor en penumbra, la puerta entornada que daba al pajar vacío, cavernoso. Con el pánico ya en las entrañas, intentaba cerrarla desesperadamente pero notaba que mi gesto me delataba, que su olfato me advertía. Entonces huía, volaba escaleras abajo con eso persiguiéndome resollante, mugidor. Sentía la rémora de mis piernas y creía que el voraz inquilino me alcanzaba, me apresaba, me hendía, me desollaba. Carecía de atributos concretos. Era una sombra veloz y exacerbada, un toro, una gigantesca araña, un cárabo nocturno de ojos desorbitados. Podía tener cuernos, cerdas erizadas, pico o garras. Los miembros me latían como corazones, el corazón me hormigueaba, ululaba el aire en mis diminutas fosas nasales. Resbalando sobre los jugos negros y pegajosos de los escalones, respirando su hedor a fango fluvial, llegaba jadeante al pasillo iluminado de la planta de abajo y sabía que por fin estaba a salvo. Siem-

pre el mismo sueño, una noche y otra noche, reiterado, inextinguible.

Un buen día, cuando tuve uso de razón, lo vi frente a mí en el comedor. Había cruzado la frontera, había nacido, arrancado de la oscuridad, de la incesante digestión de los sueños. Estaba ahí, en una silla, de manera tangible, perfecta, con su ahora sólida presencia transferida a este orbe y ocupando el aire, estableciéndose sin miramientos en mi hogar. Temblé al reconocerlo. Él me observó con atroz indiferencia. Pero también supe que ni a los monstruos les conviene estar solos. Desde entonces no volvió a repetirse la pesadilla y, para dormir, cuento ovejas que saltan ordenadamente la cerca. Desde entonces aquel monstruo vive conmigo y, para dormir descuidado, hasta le puse nombre: Padre.